

sucitar sino para servir de pábulo al fuego eterno. Victoriosa la impiedad, había derramado densas tinieblas por los mas ricos países del Asia: Antioquía, Efeso y Nicea se habían convertido en ciudades musulmanas, y las bárbaras hordas de los turcos habían plantado sus estandartes en las orillas del Hellesponto, desde cuyas márgenes eran una amenaza continua para todos los pueblos cristianos: si Dios mismo armando sus hijos contra ella, no hubiese detenido á los bárbaros en su triunfante marcha, ¿qué nacion ni qué reino podria haberles cerrado las puertas del Occidente?

El soberano Pontífice se dirige á todas las naciones cristianas en cuyo valor tenia la Iglesia colocada su esperanza, y así, á la vez que iba pronunciando su discurso, sus oyentes se penetraban de los sentimientos que animaban su corazón: todos los resortes fueron empleados por Urbano II: habló á los caballeros, á los varones y al pueblo: el amor de la gloria, la ambicion de las conquistas, el entusiasmo religioso, y sobre todo la compasion para con sus hermanos cristianos, son los principales recursos de que se valió. Veámoslo.

«¿Qué voz humana, les decia, podrá nunca referir las persecuciones y tormentos que padece la stirpe clara del pueblo escogido de Dios! La impta raza de los sarracenos no ha respetado ni las vírgenes del Señor, ni el colegio de los sacerdotes. Tienen sujetas con cadenas las manos de los fuertes y de los ancianos; los niños arrancados del regazo maternal se olvidan en poder de los bárbaros del nombre del verdadero Dios; los hospicios que aguardaban á los infelices peregrinos han recibido bajo sus profanados techos una nacion perversa; *el templo del Señor ha sido tratado como un hombre infame, y los ornamentos del santuario llevados como cautivos.* ¿Qué mas

os diré? En medio de tamaños males, ¿quién hubiera podido retener en sus desoladas mansiones á los habitantes de Sion, á los custodios del Calvario, á los servidores y *conciudadanos del Hombre-Dios*, si no se hubiesen impuesto la ley de recibir y socorrer á los viajeros, y si no hubiesen temido dejar sin sacerdotes, sin altares y sin ceremonias religiosas una tierra cubierta todavía con la sangre de Jesucristo?

¡Infelices de nosotros, hijos y hermanos míos, que vivimos en estos calamitosos dias! ¿Hemos nacido en este siglo, reprobado por el cielo, para ver la desolacion de la ciudad santa, y para quedarnos tranquilos mientras esta permanece en mano de sus opresores? ¿No es mejor, no es preferible morir en la pelea que permanecer por mas tiempo en presencia de tan terrible espectáculo? Lloremos todos juntos nuestras culpas, que han armado la cólera divina, lloremos por la desgraciada Jerusalem; pero no sean nuestras lágrimas como la semilla tirada sobre la arena, y la guerra santa encienda el fuego de nuestro arrepentimiento; animemos el combate y sea *aquel mas fuerte que la muerte misma* contra los enemigos del pueblo de Dios.....

Guerreros que me oís, continuaba el elocuente Pontífice, vosotros que siempre estais buscando vanos pretextos de guerra, regocijaos, porque aqui teneis una lucha legitima y santa: ha llegado el momento de mostrar al mundo que os anima un verdadero valor; ha llegado el instante de espiar tantas violencias cometidas en el seno de la paz y tantas victorias manchadas con la injusticia. Vosotros que con frecuencia fuisteis el terror de vuestros conciudadanos, y que por vil precio vendeis vuestros brazos á los furores agenos, nuevos Macabeos, id á defender *la casa de Israel, que es la viña del Señor de los ejércitos*. No se trata de vengar injurias de los hombres, sino las inferidas á la Divinidad; no se trata de atacar una ciudad ó un castillo, sino de la conquista de los santos lugares. Si triunfais, las bendiciones del cielo y los reinos del Asia serán vuestra recompensa; mas si sucumbís, tendreis la

gloria de morir en los mismos parajes que Jesucristo, y Dios no olvidará el haberos visto alistados en su santa milicia. No os retengan en vuestros hogares, ni cobardes afectos, ni sentimientos profanos; como soldados del Dios vivo, no oigáis ya sino los clamores de Sion; romped todos los vínculos terrenales y acordaos de lo que el Señor dijo: *El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí; y cualquiera que abandonare su casa, ó su padre ó su madre, ó su mujer ó sus hijos, ó sus bienes, por mi nombre, será recompensado en un céntuplo, y poseerá la vida eterna.*»

Las palabras de Urbano abrasaban todos los corazones, asemejándose á la ardiente llama bajada del cielo. La asamblea de los fieles, impulsada por un entusiasmo que nunca será capaz de producir la elocuencia humana, se levantó toda entera respondiéndolo con voz unánime: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* (1)

«Sí, repuso el santo Pontífice, Dios lo quiere.... Hoy se cumple la palabra del Salvador, el cual prometió hallarse en medio de los fieles reunidos en su nombre; él es quien os ha dictado esas palabras que acabo de oír; sean vuestro grito de guerra y anuncien en todas partes la presencia del Dios de los ejércitos.»

Aunque este discurso no fuese en su forma como nos lo trasmite el célebre historiador antes citado, tal debió ser su espíritu: un Cardenal pronunció la fórmula de la confesión general; todos se postraron en tierra é hicieron votos de fraternidad y valor.... Urbano II presentó entonces á la asamblea el signo de la redención.

(1) «Diex el volt.—Die li volt.—Dio lo vuole.»

«No soy yo, les dice, es Jesucristo quien saliendo de su sepulcro os presenta su *Cruz*: sea esta la enseña de las naciones y de los pueblos; agrúpanse en torno suyo los dispersos hijos de Israel; llevadla sobre vuestros hombros y sobre vuestro pecho; brille sobre vuestras armas y sobre vuestros estandartes; y sea para todos la prenda de la victoria ó la palma del martirio, recordándonos continuamente que Jesucristo murió por nosotros y nosotros debemos morir por él.»

De tal manera dá principio la primera Cruzada: á los ejércitos siguen los predicadores de Cristo, inspirados por la elocuencia de Pedro y del Pontífice; milagros, portentos de valor, de piedad y de heroísmo: ceguedad inaudita, falta de luz, fanatismo, errores y pasiones, todo se mezcla en la titánica lucha que presencia el mundo y sobre la que rápidamente debemos pasar.

El día 15 de julio de 1099, á las tres de la tarde, fué tomada Jerusalem: los cristianos caminaban *con la sangre hasta el tobillo*; tan grande había sido la mortandad.... Después del combate, Godofredo es el caudillo á quien se aclama para ocupar el trono restaurado de David; pero tan ilustre caballero se niega á colocar sobre sus sienes corona de oro, donde Jesús llevó la suya de espinas sobre su cabeza.

Siria, Damasco, Bagdad, se aprestan á la venganza; de nuevo es necesario combatir: Pedro el Ermitaño vuelve á excitar los ánimos acobardados, y la famosísima batalla de Joppe pone término á la primera Cruzada.

Créese que tomaron las armas seis millones de europeos y diez mil volvieron á sus hogares; ¿y los demás?... Sus huesos esparcidos en el camino de Jerusalem, esperan que otro nue-

vo sonido les convoque á la ciudad santa, donde no pudieron llegar ó de donde no tuvieron la suerte de volver.

San Bernardo.

Uno de los personajes mas esclarecidos de la edad media, predicador ardiente, gran columna de la Iglesia y alma de la sociedad cristiana en el siglo XII; de simpática figura, de ingenio vasto y saber profundo; docto entre los doctos, sencillo entre los sencillos y pródigo en preceptos de santidad, tal nos dice la historia y la tradicion que fué San Bernardo, abad de Clairvaux, nacido en Fontaine (Borgoña) y arrastrado á la vida solitaria y religiosa por uno de esos sentimientos que no admiten contradiccion. San Bernardo quiso llevar los espíritus á la religion, á la contemplacion, á la soledad, donde leía las escrituras y los Padres de la Iglesia: donde imitaba á San Agustin (1) amando su teología y la filosofia de los griegos; y tantos le siguieron al triste valle de Absinto (que así se llamó la angostura de su monasterio de Clairvaux, valle profundo entre elevadas montañas y densas selvas), que las madres y esposas suplicaban á sus hijos y á sus maridos que no fueran á oír la irresistible voz de aquel predicador tan ardiente. Dice un cronista, que hablaba á los campesinos como si siempre hubiera vivido en el campo; y á las demás clases como si hubiera consumido su vida en estudiar sus costumbres.... Dios lo habia concedido dotes especiales para calmar y persuadir.... La miel y la leche manaban de su lengua, y sin embargo, la ley de fuego estaba en su boca. Así que, cuando hablaba á los alemanes, aunque no enten-

(1) Escribió un tratado sobre la gracia y libre albedrío.

diesen su lengua, quedaban mas conmovidos del sonido de sus palabras, que si les hubiesen explicado su sentido los mas hábiles intérpretes; y manifestaban su emocion dándose golpes de pecho y derramando lágrimas.

El mismo espíritu con que arrancaba del mundo las almas para llevarlas á Dios, le movió á arrancar los pueblos de la Europa para precipitarlos sobre el Oriente. Era preciso continuar la obra de Urbano II y de Pedro el Ermitaño; seguir las pisadas de Tancredo, Raimundo de Tolosa, Roberto de Normandía y del gran Godofredo: imitar el ejemplo de tantos Obispos, reyes y señores; seguir á aquella inmensa muchedumbre que abandonaba sus hogares entonando el *Vexilla Regis*, y que al morir junto á los muros de Jerusalem pronunciaba *¡un Dios lo quiere!* última respiracion del heroismo cristiano. San Bernardo, que así trabajaba en refutar la teología de Abelardo como en reprender los desmanes de Luis VII, que á la sazón ocupaba el trono de Francia, fué el encargado de predicar la segunda Cruzada, para la cual se habian concedido las mismas indulgencias por la Santidad de Eugenio III, que las que dispensó á la primera su ilustre predecesor Urbano II. En 31 de marzo de 1146 se congregan en la Borgoña el rey, varios Obispos y señores y proclaman la Cruzada (1).»

Antes de este período en la vida de San Bernardo, en el cual se nos presenta á su mas grande altura, su palabra es ya celebrada, su elocuencia trueno contra los vicios y las iniquidades de los hombres, y en sus viajes los pastores y campesinos bajan de las rocas, le salen al encuentro, y apenas le divisan alzan la voz y le piden su bendiccion.

(1) Señor Muñoz y Garnica.

Cuando al salir del desierto se presentaba en medio de los pueblos y de las córtes, las austeridades de su vida marcadas en sus facciones, en las que la naturaleza habia derramado la gracia y la hermosura, inspiraban la veneracion y respeto en los corazones de todos. Hacia derramar lágrimas al pueblo en medio de los campos y de las plazas públicas, y su elocuencia parecia ser, como hemos dicho antes, uno de los milagros de la religion que predicaba; la Iglesia, en fin, cuya antorcha era, recibia al parecer, por su mediacion las voluntades divinas. Los reyes y sus ministros, á quienes nunca perdonaba un vicio, ni una calamidad pública, oian humildes sus reprehensiones, y los pueblos, en sus calamidades, iban á colocarse á su alrededor, como van á postrarse al pié de los altares.

Las iglesias están desiertas, exclamaba; las basílicas sin pueblos; los pueblos sin sacerdotes; los sacerdotes sin honor y los cristianos sin Cristo; y en tales momentos, imitando al Profeta, recorría el mundo preparando los caminos del Señor.

Interesante y bello es contemplarlo en la famosa asamblea de Vezelay, convocada con motivo de la Cruzada. El domingo de Ramos, despues de invocar el Espiritu-Santo, dice M. Michaut, todos los que habian venido para oír al abad de Clairvaux, se reunieron en la pendiente de una colina junto á las puertas de la ciudad: levantóse una gran tribuna, donde el rey, con todo el aparato de la dignidad real, y San Bernardo con el modesto traje de cenobita, fueron saludados por las aclamaciones de un inmenso pueblo. El orador de la Cruzada leyó primero la carta del Soberano Pontífice, y habló despues al pueblo de la toma de Efeso por los sarracenos y de la destruccion de los santos lugares. Mostróles al univer-

so anonadado bajo el peso del terror, sabiendo que Dios habia comenzado á perder su amada tierra; la ciudad de Sion postrada de hinojos demandando proteccion; Jesucristo dispuesto á inmolarse segunda vez, y la celestial Jerusalem abriendo gozosa sus puertas para recibir los gloriosos mártires de la fé.

«Sabeis, añadió, que vivimos en una época de castigo y desolacion; que el enemigo de los hombres ha derramado por todas partes el soplo de la corrupcion, viéndose crímenes inauditos y toda clase de atentados impunes. Las leyes pátrias y las de la religion no tienen bastante fuerza para contener el escándalo de las costumbres y el triunfo de los perversos. El demonio de la heregía se halla sentado en la cátedra de la verdad, y hasta Dios mismo parece que ha lanzado su maldicion contra los mortales.

¡Oh vosotros todos los que me escuchais, daos prisa, procurad aplacar la cólera del cielo y no imploreis mas su bondad con vanos gemidos, ni os cubrais mas con cilicios, sino con invencibles escudos. El estruendo de las armas, los peligros, los trabajos y fatigas de la guerra son la penitencia que Dios exige de vosotros. Id á espiar vuestras culpas por medio de las victorias sobre los infieles, y el rescate de los santos lugares sea el noble precio de vuestro arrepentimiento.»

Estas palabras del orador escitaron el entusiasmo en la asamblea de los fieles, y del mismo modo que Urbano II en el concilio de Clermont, San Bernardo fué interrumpido por los repetidos clamores: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! Crecióse entonces el orador, y como si fuera el intérprete del cielo, prometió á nombre de Dios, el feliz éxito de la santa Cruzada, continuando entre repetidos aplausos su discurso:

«Si en este momento os anunciaran que el enemigo ha entrado en vuestras ciudades, arrebatado vuestras esposas, ultrajado vuestras hijas y profanado vuestros santuarios, ¿quién de vosotros permanecería impasible? ¿no correríais todos en busca de vuestras armas? Esto precisamente ha sucedido, estas desgracias y otras mayores han tenido lugar; porque la familia de Jesucristo, que es la vuestra, ha sido dispersada por las armas de los paganos; los bárbaros han destruido la casa de Dios, habiéndose dividido su herencia.... ¿Qué esperáis, pues, para reparar tamañas desgracias, para vengar tantos ultrajes? ¿Dejareis que los infieles contemplan en paz los destrozos que han hecho en los pueblos cristianos?... Pensad que su triunfo será objeto de inconsolable dolor para todos los siglos, y de eterno oprobio para esta generacion que no supo castigarlos.

Sí, hermanos míos; Dios vivo es quien me manda, Dios, quien me ordena que os anuncie el castigo, si no os apresurais á defenderle de sus implacables enemigos. ¡Corred, pues, á las armas! Anime vuestros pechos y aliente vuestro valor una cólera santa, y el mundo cristiano resuene con las siguientes palabras del Profeta: ¡Desgraciado de aquel que no ensangrienta su espada!

Sí, hermanos míos, el Señor os llama á su propia defensa, no penseis por esto que su mano se ha hecho menos poderosa; porque de él dependeria enviar doce legiones de ángeles ó decir únicamente una palabra, y sus enemigos serian reducidos á polvo; pero Dios ha mirado á los hijos de los hombres y quiere abrirles el camino de sus misericordias; su bondad hace nacer para vosotros el día de la salud. Vosotros sois los elegidos instrumentos de su venganza; á vosotros solos quiere deber la ruina de sus enemigos y el triunfo de su justicia.

Sí, sí, amados míos; Dios omnipotente es el que os llama para espiar vuestros pecados defendiendo la gloria de su nombre. Guerreros cristianos, estos son los combates en que la victoria os atraerá las bendiciones del cielo y de la tierra, y

en que la muerte misma os será como mayor victoria. Ilustres caballeros, generosos defensores de la cruz, recordad el ejemplo de vuestros padres que conquistaron á Jerusalem, y cuyos nombres se hallan escritos en el libro de la vida. Abandonad como ellos los bienes perecederos, para recoger palmas eternas y conquistar un reino que no tiene fin.»

La elocuencia del abad de Clairvaux demostró á todos que habia expresado la voluntad de Dios. Luis VII, vivamente conmovido por las palabras que acababa de oír, en presencia de todo el pueblo se arrojó á los piés de San Bernardo y le pidió la cruz. Revestido con esta venerada enseña, se dirigió él mismo á la asamblea de los fieles para exhortarlos á seguir su ejemplo. En su discurso les mostró al impío filisteo derramando el oprobio sobre la casa de David, y les recordó la santa determinacion que Dios mismo le habia inspirado. A nombre de los cristianos de Oriente invocó el apoyo de la generosa nacion de que era cabeza; de esa nacion que no podia sobrellevar la vergüenza, ni para ella ni para sus aliados, y que infundia continuamente el terror entre los enemigos de su culto y de su gloria.

Al oír este nuevo discurso, todo el auditorio se anegó en lágrimas. La tierna piedad del monarca acabó de persuadir á los que la elocuencia de San Bernardo habia dejado suspensos, y la colina sobre la cual se hallaba reunido un inmenso pueblo, resonó largo tiempo con las sabidas palabras: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! ¡la cruz! ¡la cruz!*

No menos notables que la elocuencia de San Bernardo son sus escritos: si durante su vida el santo cuyo elogio nos ocupa, dispuso á su arbitrio de los pueblos y de los reyes, y fué el oráculo de la Iglesia, la lumbrera de los Obispos y el res-

taurador de la disciplina, despues de su muerte continúa ejerciendo entre los fieles el ministerio de la sagrada palabra, consolando é instruyendo con las piadosas y discretas obras que nos legó.

Ofrece San Bernardo la singularidad de que viviendo en la época de los escolásticos, no tuvo los defectos de esta escuela, de que hablaremos en el capítulo siguiente. Sabiendo romper las trabas que hubieran detenido el vuelo de su genio, imitó la marcha libre y el animado estilo de la antigüedad, distinguiéndose por la energía, la unción y el agrado. Conocía tan perfectamente la Sagrada Escritura, que recordaba casi todos sus pasajes, y había leído tantas veces los antiguos Padres, en especial á San Ambrosio y San Agustín, que frecuentemente adoptaba sus ideas, si bien revistiéndolas de nueva forma, hasta el punto que sus *Sermones* tienen una elocuencia que agrada al entendimiento y penetra en el corazón. Sus *Cartas*, en número de más de cuatrocientas, son notables y corresponden á diversos asuntos de disciplina, de dogma, de costumbres y de moral. Entre sus *Tratados* distínguese el de la *Consideración*, dirigido al Papa Eugenio III, en el cual muestra á los Soberanos Pontífices la importancia y estension de sus deberes.

Erasmus, juez competente en materia de estilo, admira la elocuencia y adornos de San Bernardo, no menos que su modestia y erudición. Su discurso, dice Sixto de Sena, se halla por todas partes lleno de fuego y de dulzura; encanta y abrasa: su lengua es un manantial, de donde mana la leche y la miel en sus palabras, y su corazón es un horno, de donde salen esos ardientes afectos que se comunican á sus lectores. San Bernardo, en sentir de Chateaubriand, reúne á un gran ta-

lento una gran doctrina; brilla en la pintura de las costumbres, y tiene algo del genio de Teofrasto y de La Bruyere.

Para que los jóvenes puedan apreciar por sí mismos la elocuencia del último de los Padres, trasladaremos algunos trozos de los sermones, de las cartas y de los tratados, en los cuales admirarán sucesivamente la esquisita dulzura del sentimiento, la energía de la indignación, el vigor del raciocinio, las profundas tristezas del alma en presencia de las miserias del hombre; la unción, en fin, la fuerza, la sensibilidad y la vehemencia que requiere el ministerio sacerdotal. Los asuntos predilectos de San Bernardo, son generalmente tiernos y afectuosos; ora hable del nacimiento de Jesucristo y de su infancia, de las dulces virtudes de la Virgen María, ó con mayor frecuencia de la esplicación mística del Cántico de los Cánticos; divino epitalamio, modelo de poesía melancólica, suspiro del alma mezclado con los terribles acentos de los Profetas y con las sublimes armonías del arpa de David.

He aquí algunos rasgos de esa elocuencia templada, que parecía á Henry lejano prelude de las patéticas inspiraciones de Masillon:

«¿Qué temes, hombre? ¿Por qué tiembles en presencia del Señor que viene?...

En otro tiempo, un servidor infiel hizo que orgulloso tratases de despojar á Dios de su diadema real, para ornar tus sienes: sorprendido en el robo, ¡cuál fué tu espanto! huías de Él, y procurabas no contemplar su rostro; en su diestra traía flamígera espada, y de entonces acá vives en el destierro y amasas con el sudor de tu frente el pan que te alimenta....

Pero he aquí que se ha oído una voz en la tierra que anuncia de nuevo la venida del Señor del mundo. ¿Dónde irás,